JUAN B. PONT y ANTONIO SOTILLO

Luz en la fábrica

ZARZUELA DRAMÁTICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA, ORIGINAL

MÚSICA DEL MAESTRO

EUGENIO ÚBEDA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

LUZ EN LA FÁBRICA

LUZ EN LA FÁBRICA

ZARZUELA DRAMÁTICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA

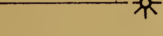
original de

JUAN B. PONT y ANTONIO SOTILLO

música del maestro

EUGENIO ÚBEDA

Estrenada en el TEATRO DE NOVEDADES de Madrid, el día 19 de Noviembre de 1910, y en el de la PRINCESA de Valencia, el 4 de Diciembre de 1909



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1910



Al insigne Maestro

Amadeo Vives

y á nuestro buen amigo

Félix Azzati

DIPUTADO Á CORTES POR VALENCIA

como recuerdo del desinteresado, espontáneo y valiente apoyo que nos prestaron en memorable día y como prenda de admiración, de acendrado cariño y de profunda gratitud.

Antonio Sotillo.

Juan B. Pont.

REPARTO

	EN VALENCIA		EN MADRID	
VICTORIA................	Srta.	Bori.	Srta.	Farinós.
ANDREA...................		Bonastre.		Sánchez-Bell (C.)
NATIVIDAD..............		Silvestre.	Sra.	Berri.
MARÍA ROSA............		Sánchez.	Srta.	Sánchez-Bell (H.)
ISABEL...........	Sra.	Tejada.		Opellón.
SEÑORA MARÍA		Gadea.	Sra.	Senra.
UNA MUJER..............		Barberá.	Srta.	Díaz.
SALVADOR (30 años).....	Sr.	Rodrigo.	Sr.	Ibáñez (J.)
ANDRÉS (30 íd.)..........		Cervera.		Gómez Burgos.
SILVERIO (30 íd.)..........		Martí (J.)		Llorens.
PABLO (60 íd.)............		Taberner.		Mata.
SANTIAGO................		Valcárcel.		Fernández.
MANUEL.........		Martí (E.)		Delgado (L.)
JULIÁN...................		Coll.		Sardá.
OBRERO 1.º...............		Bori.		Delgado.
IDEM 2.º..................		Ferrer.		Navarro.
IDEM 3.º..................		Fuster.		Scuer.

Obreros y obreras

La acción contemporánea en una indeterminada comarca de España.
Los trajes usuales de la gente del pueblo

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Plaza grande. Al foro, centro de la escena, fachada de una gran fábrica que se extiende hasta segundo término izquierda, formando ángulo recto. En esta fachada, lado derecho, chaflán, puerta amplia practicable y en ella portón pequeño lo mismo. Al foro derecha se descubre risueño paisaje de montaña que muestra á lo lejos un enorme salto de agua.

En primer término lateral derecha una modesta cantina, la de la fábrica, con toldo ó emparrado hacia el centro de la escena; su mostrador bajo él y dos ó tres mesitas ordinarias, sillas, bancos, taburetes y algún servicio.

Un gran camino se extiende desde el segundo término derecha, por detrás de la cantina al primero izquierda por delante de la fábrica.

ESCENA PRIMERA

NATIVIDAD en la cantina; el SEÑOR PABLO, SANTIAGO, JULIAN y ANDRÉS sentados. Varios OBREROS frente á la fábrica. MUJERES. Luego grupo de OBREROS. En el momento de levantarse el telón suena dentro de la fábrica una campana

Música

MUJERES La campana que llama al trabajo
como siempre suena.
Su sonido era ayer alegría,
hoy anuncia pena.

(Se abre la puerta de la fábrica de par en par. Obreros y mujeres forman calle frente á ella sin entrar.)

AND. (Al portero.) ¡Oye, holgazán! Dile al amo que por hoy pué cerrar.

JUL. ¡Que encienda él los hornos!

OB. 1.º ¡Que hoy no podrá maltratar á nadie! (Andrés se dirige á la fábrica.) ¡A ese, á ese! ¡Que va á entrar! (Por Andrés.)

OBREROS / MUJERES } (A Andrés.) ¡Canalla! ¡Traidor! ¡A ese! ¡Que va á entrar!

AND. (Ya en la puerta de la fábrica, formando bocina con las manos y dirigiéndose al interior de aquella.) ¡¡Morral!! (En seguida volviéndose á los obreros de escena.) Entre nosotros no puede haber traidores. Eso se queda para los...

(El portero cierra de golpe y con estrépito la puerta.)

MUJER (Que está junto á la puerta lanza un grito desgarrador como si la hubiera cogido la mano al cerrar.) ¡Ay!

OB. 1.º (Golpeando con un palo la puerta y como todos, menos el señor Pablo, fuera de si,) ¡Granuja!

OB. 2.º ¡Habrá bandido!

OB. 3.º ¡Bárbaro!

(Indignación terrible. Las mujeres chillan, los hombres apedrean la fachada. Se oye el estrépito de cristales rotos. Andrés y Julián hacen causa común con los obreros.)

PABLO (Que se habrá levantado también, así como Santiago, al oir los gritos, aparta á la mujer hacia primer término, y después de haberle reconocido la mano grita á los que apedrean.) ¡Quietos! ¡Quietos! No ha sido nada.

SANT. ¡Quietos! (Cesa la pedrea.)

(Se vuelven á sentar en la cantina el señor Pablo, Andrés, Santiago y Julián.)

OBREROS y MUJERES

La campana que llama al trabajo
como ayer no suena.
¡Era ayer pan y vida,
hoy es hambre y pena!

(Se oye canto del Grupo de obreros, dentro, que se aproxima.)

CORO DE OBREROS. (Dentro.)

¡Compañeros! Pronto la hora
de redención ha de sonar.

La piqueta demoledora
con nuestra unión ha de triunfar.

MUJER ¡Ya vienen, ya vienen!

OB. 1.º Son nuestros hermanos.

OB. 2.º ¡Ya llegan!

MUJER ¡Míralos! ¡Ya llegan!

VOCES (De obreros y mujeres en escena.) Aquí, aquí! ¡Venid! (Dirigiéndose al Grupo de obreros que se acerca.)

MUJERES y OBREROS (En escena.)

¡Compañeros, pronto la hora
de redención ha de sonar!

GRUPO DE OBREROS (Dentro)

Domadores, alerta
ya la fiera despierta,
¡ya no le domina su terror!
Ya está abierta su garra,
ya su yugo desgarra,
¡ya no nos asusta el domador!

MUJERES y OBREROS (En escena.)

Domadores, vivid alerta, etc.

(Sale Grupo de obreros por segundo término izquierda uniéndose á los de escena.)

UN OBRERO Blanda llama funde el hierro,
agua blanda mueve mi titán.
Cual el agua, como el fuego,
mis anhelos triunfarán.

OBREROS La fuerza está en nosotros.
¡Vivid, vivid alerta!
¡Cuidado, domadores,
ya la fiera despierta!

(Para poner bien este número deberá atenerse el señor Director de escena á la parte de apuntar.)

Hablado

OB. 1.º (A los que están sentados, al pasar para marcharse por foro derecha con el Coro.) ¡Con que ya veis cómo están las cosas! ¡A ver qué pensais! (Sale Coro con música por segundo derecha. Pausa. Están sentados el señor Pablo en primer término derecha; á su lado Andrés, caído sobre un banco, recostado en el tronco del emparrado ó sostén del toldo; más adentro Julián; el más alejado del grupo Santiago. Todos con aire de preocupación y abatimiento.)

PABLO ¿Habéis oído á esos? ¡Que á ver qué pensamos! Vamos á ver, (A Andrés.) ¿qué piensas tú?

AND. ¿Yo? ¡La mar de cosas! Pero ninguna le sirve á usted pa na. Cuando llego aquí... se me ocurre agarrar á ese tío y colgarlo de aquella encina... Cuando llego á mi casa y veo á mi gente que no se atreve á hablar y me mira como preguntando con los ojos llena de angustia... me paece que el que debía colgarse era yo.. En este momento estoy pensando ¡que sería hermoso ver arder la fábrica!

PABLO Eso ya es otra cosa. ¡Vamos, otra barbaridad! La mayor. (Con calma señalando al edificio.) ¿Qué culpa tiene ella? ¿Querrás creer que en treinta y ocho años hoy es el primer día que falto al trabajo... y me está dando ganas de llorar ver cerrao el taller? (Andrés se encoge de hombros.)

SANT. ¿Por un día? Pues más ganas de llorar les dará á esos diez infelices que están viéndolo cerrao desde hace dos semanas, cuando sus hijos les pidan el jornal que ya no ganan. ¡Y si ha llegao lo de hoy es porque tos sabemos ya que no los recibe de otro modo! Es el obrero atropellao y escarnecío que le dice al amo: «¿Creías que estaba solo? ¡Ca, hombre! ¡Mi causa es la causa de miles de brazos que como el mío explotas! No me atropellas, no me despides, no me quitas el pan á mí solo... Si te atreves conmigo, te has de estrellar contra los demás, contra todos estos, mis hermanos, dispuestos á compartir mis hambres y mis persecuciones en defensa de mi derecho, que es el de todos.» (Pausa.)

PABLO Santiago... tú eres un anarquista.

SANT. Señor Pablo, yo no soy na, pero creo que debíamos hacer polvo á todos estos tíos que han calculao fríamente su conveniencia, á eso le han llamao ley... y han dicho: «¡Que se cumpla!» (Se levanta y se dirige al señor Pablo.) Yo no sé si la propiedad es un robo... ¡pero

conozco á muchos propietarios que son unos ladrones! (Pausa.) ¿Estás conforme, Andrés?

ANDRÉS (Con tono seco y rotundo como todo lo que dice este personaje.) Estoy... en que por de pronto debíamos ahorcar á éste. (Señalando la fábrica.)

ESCENA III

DICHOS y la SEÑORA MARÍA

SRA. MAR. (Que llega por primer término izquierda. A los obreros.) ¿Pero no estaba con vosotros Salvador?

PABLO No, señora. Hasta las diez no nos hemos de reunir aquí. Pero, ¿cómo se le ocurre á usted echarse á la calle en un día como este?

SRA. MAR. Hijo, la inquietud. Salió Salvador muy temprano. Me dijo que no ibais hoy á la fábrica... ¿Pero qué vais á hacer?

SANT. No tenga usted cuidao, señora. No pasará ná. Y á Salvador... A Salvador no hay quien le mire con malos ojos. ¡Y si lo hubiera!... Somos trescientos pa cuidárselo á usté.

SRA. MAR. Gracias, hijos, míos. ¡Dios os lo pague! Ya me voy más tranquila. (Vase por segundo derecha.)

ANDRÉS ¡Ellas son las que pagan estos jaleos!

ESCENA IV

DICHOS y OBRERO 1.º que llega apresuradamente por el foro derecha

OB. 1.º ¡Señor Pablo!... ¡Señor Pablo!... (Acercándose y desde dentro.)

JUL. ¡Anda, pues este se trae poca prisa!

PABLO ¿Qué ocurre, Miguel? (Al Obrero 1.º)

OB. 1.º (Con aliento entrecortado, pero enérgicamente.) Pues ocurre... que... aquellos estan haciendo el bestia en los almacenes. La gente está muy levantá de cascos y me paece que va á hacer una barbaridad antes de una hora

ANDRÉS (Seco.) Pues dejarles que la hagan

PABLO ¡Quita, hombre! Vamos, vamos allá. (Se levantan para dirigirse al foro derecha. Se abre el portón y aparece Victoria, en elegante traje de mañana, con una sombrilla en la mano.) ¡Anda, la señorita!

ESCENA V

DICHOS y VICTORIA

Los obreros, excepto Andrés, que al verla se vuelve á sentar, se acercan á ella y se descubren. La mujer disimula lo mejor que sabe el susto que recibió al encontrarse con la gente de la fábrica

VIC. ¡Hola, señores! ¡Ah! El señor Pablo... Santiago... ¡Toma, si todos son amigos! Pero, hijos míos, ¿se puede saber qué culpa tengo yo? ¡Me habéis hecho cisco todos los cristales de mi alcoba! (Señalando á los balcones que dan sobre la puerta de la fábrica.)

ANDRÉS (Solo en la cantina. Aparte.) ¡Y no le ha dao ninguno en mitá de la cresta!

VIC. Ya sabéis que yo no me mezclo para nada en los negocios de mi hermano.

PABLO Eso es lo que nos pierde, señorita. ¡Si el amo fuera usté!...

ANDRÉS (Con sorna y riendo.) ¡Sí, que es una idea! Si ella fuera el amo... ¡pos no había huelga posible! ¡Esa no dejaba parao ningun hombre en veinte leguas á la redonda!

VIC. ¿Pero, es que no se arregla esto? (Con verdadero interés.) Pues hombre, que venga Salvador y que hable con Silverio. ¡Si él no lo consigue!... Andad, andad...

PABLO Adiós, señorita Victoria. (Andrés, con paso rápido, se une á sus compañeros, pasando por delanta de Victoria sin mirarla.)

ANDRÉS (A sus compañeros, ya casi en el foro.) ¡Miá que pararse en darle explicaciones á esa tía!

SANT. No, te advierto que, en medio de tó, tié buen corazón.

ANDRÉS ¡Lo que no ha tenío en su vida es vergüenza... miá tú éste! (Desaparece foro derecha.)

ESCENA VI

VICTORIA, NATIVIDAD. Luego SILVERIO

VIC. (Frente á la cantina.) ¡Natividad! ¡Natividad! ¡Ven hija, haz el favor!

NAT. (Sale muy obsequiosa y solícita.) ¡Muy buenos días tenga usté, señorita Victoria!

VIC. (Remedándola.) Santos y buenos días nos dé Dios... y paz en la Gloria, amén Jesús. (Transición.) Bien. Pues óyeme. Acabo de levantarme con el capricho, ¿te fijas? con el capricho de saber, antes de cinco minutos, á qué viene mi hermanito á tu casa todas las tardes al anochecer...

NAT. (Interrumpiéndola.) ¿Aquí? Pero... ¡si no viene!

VIC. (Imperturbable.) Bueno... Y qué relación tienen estas visitas con las de cierta amiga tuya, que se conoce que tiene más que hacer aquí que en su casa

NAT. Señorita, le juro á usted...

VIC. (Irónica.) ¡No jures, mujer, que es pecado!

NAT. ¡Pero señorita! Si eso es una calumnia.

VIC. Mira, Natividad, tú eres guapa y podrás engañar á todos los hombres que se te antoje, porque esa es nuestra obligación, pero..., ¿á mí? ¡A mí no! A mí no me engañan las mujeres. Silverio viene aquí todas las tardes en cuanto anochece. La otra se mete ahí por el portón del camino .. (Indicando el rodeo. Abrese la puertecilla de la fábrica y Silverio, después de mirar á su alrededor, se dirige al grupo de las dos mujeres.)

NAT. (Interrumpiéndola muy asustada.) ¡El señor, que viene el señor!...

VIC. (Sigue sin volver la cabeza con absoluta tranquilidad.) La otra, por el portón del camino, se cuela en tu casa. (Silverio ya está inmediatamente detrás, entre las mujeres.) Yo no sé lo que te valdrá el bonito papel que le estás haciendo á éste, (Señalando á Silverio.) pero sí creo que no de-

bías comprometerte... ¿Ese pobre marido, te ha hecho algun daño?

NAT. (Con ingenua sencillez.) ¿Quién, Salvador? ¡A mí nada!

VIC. ¡Salvador!... ¿Tu ves cómo sí que sabías de qué te hablaba? Vé con Dios, hija. No quería más que eso. (Vase Natividad cantina.)

ESCENA VII

VICTORIA y SILVERIO

SILV. (Cruzado de brazos, con dureza.) Bien. ¿Y se puede saber con qué derecho te metes tú?... ¿Y sobre todo, se puede saber qué te propones?

VIC. Pues nada, hijo, distraerme... pasar el rato... ¡Me aburro tanto aquí... Y luego demostrarle á mi querido hermano lo sencillísimo que es descubrir su secreto. ¡Ya lo has visto!

SILV. Te has convertido en espía de mis actos. ¡Es una hazaña!

VIC. (Le mira de alto á bajo en silencio y luego prosigue, después de perdonarle la ofensa.) Porque, mira, Silverio, tú debieras haber tenido en cuenta que un secreto es una carga demasiado pesada para uno solo... Debías habérmelo confiado á tiempo...

SILV. ¿A tí? (Irónico.)

VIC. Y aunque pienses que á mí no me está bien dar consejos de cierta clase, yo te hubiera dicho: «Sí, hermano, sí, todos tenemos derecho en este mundo á pasarlo bien y á divertirnos lo más y lo mejor posible... ¡pero sin hacer daño á nadie! Y créeme, cuando un pobre hombre tiene la desgracia y la tontería de pensar que su felicidad depende de una mujer, robarle ese cariño tiene todas las apariencias de un crimen.

SILV. Lo tengo observado. La primavera te altera los humores y te pone romántica.

VIC. Ese muchacho ha sido compañero de nuestros juegos de chico; nació ahí. (Señalando la fábrica.) Sabes que toda su vida, sin más con-

suelo que el trabajo y el estudio, es hoy para él esa mujer...

SILV. (Con viva impaciencia.) Pero, bien, hija, bien. ¿No es ya hora de que me digas á qué viene tu sermón?

VIC. (Enérgica.) ¡Solo á esto! Todos sus compañeros, todos esos hombres que á tí te tienen tanta *simpatía*, por Salvador se dejarían matar. Como lo he sabido yo, lo sabe cualquiera, uno...

SILV. (Cínico.) ¡Ah! pero es que tú te asustas á estas horas...

VIC. No, hijo; no me asusto de ningún pecado, sino de las consecuencias... Te advierto del peligro... y (Abriendo la sombrilla.) me voy á tomar el sol tranquilamente. (Con absoluta naturalidad, recogiéndose la falda y muy despacio se aleja foro derecha.)

ESCENA VIII

SILVERIO y NATIVIDAD

NAT. (Saliendo de su cantina, desde donde ha estado escuchando discretamente la conversación anterior.) Ya lo ha visto usted. Está enterada de todo.

SILV. (De mal humor.) Sí, ya he visto que eres idiota.

NAT. Pero si ella, cuando me llamó, estaba al cabo de la calle.

SILV. (Encogiéndose de hombros.) Es como si no lo supiera nadie. ¿Ha venido... la otra?

NAT. No, señor.

SILV. Cuando venga que me espere. Estoy dispuesto á todo. (Natividad entra en la cantina. Silverio va á dirigirse á la fábrica cuando ve llegar á Salvador primera izquierda, y se detiene.)

ESCENA IX

SILVERIO y SALVADOR

SILV. Salvador (Al verle llegar.) ¿Vienes á hablarme por encargo de esos?

SALV. No, no vengo á hablarte. Venía á reunirme

con ellos. (Pausa breve.) Pero bien, ya que nos encontramos solos, debo decirte algo con lealtad. Silverio, creo que te equivocas...

SILV. Aguarda. ¿Quieres que entremos en la fábrica y podremos hablar con toda...

SALV. No. Mientras mis compañeros no entren yo tampoco entraré.

SILV. (Irónico.) ¡Ah! Vamos, sí. Ya sé que haces su juego... ya sé que Salvador, mi amigo de la niñez, se ha convertido en jefe de motín contra mis intereses, contra mí.

SALV. (Con energía y dureza como el resto del diálogo, pero sin declamar.) ¡Ni esto es cosa de juego, ni yo soy más que un obrero, uno, igual que los demás! Estoy á su lado, por que piden justicia, pero yo callo. Y ellos la piden á voz en cuello ya, porque saben que sólo se les oye cuando gritan.

SILV. ¡Ah! Los que gritan suelen ser el instrumento de los que callan.

SALV. ¿Quién? ¿Esos instrumento de nadie? ¿Crees tú que necesitan que nadie les hostigue? ¿Para qué?... ¿No tienen presente á toda hora su miseria y vuestro desprecio?

SILV. ¡Vamos, Salvador! (En tono de burla.) Conque... miseria, desprecio... ¡Bah! Yo te suponía un talento sólido.

SALV. Hacías mal. Yo nada sé, Silverio. Es decir, sé algo que tú ignoras, porque no has vivido la vida nuestra: sé que la miseria es horrible, que el desprecio es muy duro y que todo lo que nos rodea nos es odioso, porque todo lo que nos rodea nos desprecia ó nos explota. Y sé más: sé que no nos entenderemos nunca. Para ti tu negocio lo es todo. Para mí... ¡sueños, locuras tal vez! pero yo te imaginaba convertido en un obrero más, en el primero de tus obreros; yo me colocaba en tu caso, me suponía por un instante el amo y pensaba: «Si hay trabajo para todos, ¿por qué dejar en la ociosidad brazos que lo piden? Si la población obrera de la comarca aumenta de día en día, ¿por qué negarle el pan que se puede ganar? Trabajo

no falta, capital te sobra, los talleres son grandes... y los que no pudieran trabajar de día á la luz del sol, trabajarían de noche, á la luz de la electricidad.»

SILV. ¡Vamos, ya pareció tu sueño!

SALV. Mi sueño que puede realizarse, que para todos es un bien. ¿Por qué no aprovechar esa energía que se pierde? (Señalando el salto de aguas.) ¿Por qué no sujetar esa fuerza del agua que se despeña sin utilidad para nadie y convertirla en luz? ¡En luz, que puede ser trabajo, que puede ser pan para muchos compañeros! La fábrica, en movimiento siempre, necesitaría más brazos; duplicada la producción, tú duplicarías la ganancia... Y si parte de ese provecho lo dedicases á mejorar la condición de esos hombres.. (Transición.) ¡Pero á dónde voy á parar! ¡Había creído que hablaba conmigo mismo, sin acordarme de que me estabas oyendo tú... y que te sonríes con aire de lástima como si estuvieras oyendo á un loco!

SILV. ¡Hombre, no! tanto como eso, no; pero no debías tomar las cosas tan á pecho! Y en vez de preocuparte tanto de los demás, créeme, piensa en tu porvenir, piensa que á mi lado nada te ha de faltar... Sé lo que vales, yo te necesito... y te conviene más estar conmigo que contra mí.

SALV. (Enérgico, pero sin acritud.) Es que yo no me vendo, Silverio...

SILV. ¡Sí ya lo sé, hombre, ya lo sé! Pero sin venderte... (Transición.) Mira, ahí vienen los tuyos, y como son muy brutos, bueno será que te deje. (Dirigiéndose á la fábrica despacio, dice desde la puerta.) ¡Defiéndeme!

SALV. ¿Yo? ¡Tus actos!

(Aparecen, después de cerrar Silverio su puerta por foro derecha, el señor Pablo, Santiago, Andrés y Julián, que se quedan en dicho término como discutiendo acaloradamente.)

ESCENA X

SALVADOR, ANDREA, que llega primero izquierda; el SEÑOR PABLO, ANDRÉS, SANTIAGO y JULIAN, formando grupo en foro derecha

SALV. ¡Andrea! ¿Tú aquí? ¿Á dónde vas?

AND. Pues venía á casa de Nati, á ver si te encontraba y nos dabas noticias. Tu madre salió también á buscarte. Nada de bueno, ¿verdad?

SALV. Nada, hija, nada. He visto á ese hombre y no se quiere dar á partido. ¡Habla de un modo!...

AND. ¡Por Dios, Salvador!... Mira bien lo que dices. No es malo para nosotros.. Y sobre todo, ¡es el amo!

SALV. Ya sé que es el amo. Si no quisiera serlo tanto, lo sería más y para bien de todos. (Quedan un momento hablando y luego Andrea se reune con Nati junto al mostrador de la cantina. Los obreros adelantan hablando hasta unirse con Salvador.)

ESCENA XI

LOS MISMOS. En la puerta de la cantina NATI y ANDREA. Luego grupos de obreros que van llegando. Algunas mujeres

SANT. A pesar de todo, á mí me sigue pareciendo una salvajada.

PABLO Lo primero es la buena crianza.

ANDRÉS (En tono de burla y afectando la voz.) Sí, señor... ¡Y la urbanidaz! ¡Ni que fueran ustés el marqués de Viana! Pero ¡contra! si esa mujer no debe entrar en una casa decente. ¡Una individua que ha circulao más que un automóvil! (Han llegado junto á Salvador.)

SALV. ¿Pero qué es? ¿Qué ha pasao?

PABLO Na, una grosería de Manuel. Que ayer tarde la señorita Victoria tuvo el *atrevimiento* de presentarse en su casa con la mala intención de socorrer á aquella familia, como ha hecho con tós los despedidos. Bueno, pues

al hombre, en cuanto la oyó hablar, le faltó tiempo para echarle á la calle, acompañando la mala acción con palabrotas todavía peores. (Van entrando segundo derecha y primero izquierda, grupos de obreros.)

SALV. Hay que perdonarle, porque está desesperao.

ANDRÉS ¡Señor, lo que yo digo!

SALV. De verle vengo. Le he encargao á María Rosa que se pase por aquí luego. (Entran más obreros.) Pero ya están llegando esos. Ya es la hora. Sentémonos. (Se sientan rodeando á Salvador irregularmente. Este junto á una mesa.) Y á ver en qué condiciones hemos de volver al trabajo.

JUL. Pues, hombre... Lo primero, que admita á los despedidos. Tós son hombres honraos que le trabajan.

SALV. Conforme. ¿Qué más?

JUL. ¿Qué más? Pues... yo creo... yo creo, que na más.

SALV. ¿Y vosotros qué decís?

PABLO ¡Que bien! Yo creo que con eso...

OB. 1.º ¡A mí me parece bastante!

SALV. ¡Con eso estaremos como antes! Y antes algo tendríais que pedir cuando os quejábais. Dí tú, Santiago, ¿te conformas conque no se le exija más que la admisión de los compañeros?

ANDRÉS Y mañana ó pasao... vuelve á repetir la suerte, con la misma razón: ¡la de que hace lo que le da la gana!

SANT. Hombre... no me acaba de llenar eso, pero tampoco conviene apretar demasiado...

JUL. ¡Claro!

PABLO ¡Toma, ese es el peligro!

SALV. (Con gran energía.) ¡Cobardes!... ¡Merecéis ser esclavos!

(Los Obreros sentados se incorporan en actitud hostil.)

PABLO ¡Salvador!

SALV. ¡Qué! (Levantándose.) ¡Lo repito! Anoche, gritos, amenazas, mueras... Esta mañana, «¡á derribarlo todo!» «¡á quemarlo todo!» Y, ahora que llega el momento de acercarse al

amo, de ponerse al alcance del domador... ¡todo os parece mucho, todo os parece demasiado! (Pausa.)

ANDRÉS ¡Chócala, Salvador! ¡Tiés razón! (A todos imponiéndose convencido.) ¡Tié razón!

SANT. Bien; dí tú, pues, ¿qué más quieres que le pidamos?

SALV. Espera. (Saca del bolsillo papel y lápiz y escribe precipitadamente.)

ANDRÉS (Tocándole en un hombro y medio aparte.) Oye, Salvador.

SALV. (Sin dejar de escribir.) ¿Qué?

ANDRÉS Tú, de chico, ¿eras amigo del amo?

SALV. Sí.

ANDRÉS Que te advierto que no es el mismo... Ha crecío la mar.

SALV. Bueno, pues esto, oid... «Primera: admisión de los despedidos. Segunda: puesto que hay tanta distancia entre nuestras viviendas y la ciudad, creación de una escuela para nuestros hijos en la misma fábrica. Tercera: que no será despedido desde hoy ningún obrero sin causa que considere justificada una comisión de los cinco más antiguos del taller.»

(Los Obreros asienten con animación.)

JUL. Muy bien, pero que muy bien.

ANDRÉS ¡Bravo! Eso está pidiendo marco de oro y brillantes.

SANT. Sí, eso, eso. ¡Y que rebuzne lo que quiera!

PABLO ¡Vaya si es justo! Pero no conseguiremos nada. El amo no accederá nunca.

SALV. Pues aunque así sea. Lo que queremos es esto. La ocasión es esta. ¡Por una vez impongamos condiciones! Ya lo pensará antes de decidir.

(Levantándose todos y agrupándose en primer término.)

NAT. (A Andrea, junto al mostrador de la cantina.) ¿Oyes á tu marido?

AND. ¡Cuánta locura!

SALV. Pues, entonces, á ver, ¿quién le va á subir esto al amo?

ANDRÉS Eso, ¿quién le pone el cascabel al gato?... ¡Eh! .. ¡A ver!... ¡Un héroe! ¡Presente! ¡Venga!

SALV. (Entregándole el papel.) Y nada, ¿sabes? «Esto es lo que quieren mis compañeros... lo que necesitan para volver al trabajo. Estúdielo usted y resuelva.»

ANDRÉS (Se dirige con paso rápido hacia la fábrica. Medio mutis volviendo.) Oye, ¿y me vuelvo sin hacerle nada?

(Salvador se sonríe por toda contestación. Andrés llama en la fábrica y entra. La gente se vuelve hacia segundo izquierda abriendo paso, señalando y comentando en voz baja.)

PABLO (Mirando hacia segundo izquierda y con tristeza.) ¡La mujer de Manuel! ¡Pobre gente!

ESCENA XIII

Los MISMOS menos ANDRÉS. MARÍA ROSA, por segunda izquierda con una niña en brazos. A poco MANUEL, por segunda izquierda

Música

M. ROSA (Adalanta hacia el grupo de la cantina. Todos la rodean con interés. Recitado.)

¡Manuel se me muere!
Sin una esperanza desde hace ya días,
tan solo la muerte parece que espera;
cuando oye que de hambre solloza la niña
más y más se afila su cara de cera.
Yo lloro al ver que mi nena
en vano mi pecho hiere;
él ocultando su pena
ni mi voz escuchar quiere.
¡Palabras de rabia pronuncian sus labios!
«¡Venganza!... ¡Miseria!»
¡Favor, compañeros, Manuel se me muere!

MUJER Pobrecilla, tráela.

(Cogiendo la niña.)

¡Ven aquí á mi brazo!

SALV. Abre ese delantal, María Rosa.
Amigos, para un compañero.

(Dejan algunas monedas en el delantal de María Rosa. Entra Manuel, se queda un instante contemplando la escena. Viene pálido, casi cayéndose. Se adelanta y al verle María Rosa pretende ocultar el delantal con verdadero pánico. La gente le ve y se aparta temerosa.)

MAN. (En un grito de indignación de horror.)
María Rosa... ¿qué es esto?
(Le abre el delantal violentamente y las monedas se desparraman por el suelo.)
¡Limosna, no!
Mientras quede una gota de sangre en mis
y aliento le quede á mi voz, [venas
mientras quede una sombra de fuerza en
¡limosna ro! [mis brazos,
(Airado, pero ahogándose.)

SALV. (Severamente, pero con dulzura.)
Las almas nobles y generosas
sinceramente favores cambian:
quien los concede no los recuerda
y amor desdeña quien los rechaza.
Soberbia con los soberbios;
cariño con los de abajo...
Amor entre los que somos
hermanos en el trabajo.

CORO (Piano.) Soberbia, etc.

SALV. Alza esa noble frente
que sólo se inclinó
ante el trabajo rudo
que siempre fué tu amor.
Hermanos tuyos somos.
Vamos por tí á luchar.
¡Tu causa es nuestra causa
y pronto vencerá!
(Manuel, María Rosa y una Mujer con la niña, van hacia la cantina y entran á tiempo que el Coro avanza.)
Adelante, compañeros.
Nada importa su poder.
¡Nuestra fuerza noble y santa
nadie puede contener!

OBREROS Adelante, etc.

ESCENA XIII

LOS MISMOS, SILVERIO y ANDRÉS

Hablado

SILV. (Sale resueltamenfe sonriendo y adelanta sin prisa. Los obreros le abren paso con extrañeza. El avanza-

hasta colocarse en primera derecha, entre Salvador y Andréa. De derecha á izquierda del actor primer término, Nati, Andrea, Silverio, Salvador.) Por ti, (A Salvador.) ¿sabes? Anda; ya puedes decir á tus compañeros que yo, el hombre interesado, el explotador, me dejo contagiar á conciencia de su locura... mejor dicho, de la tuya, y que aunque sé el fracaso que me espera, sigo tu consejo... y...

SALV. ¿Y qué?

SILV Y quiero ser el primero de mis obreros, su protector. ¡Anda, díselo! Se admite á los despedidos; se concede lo de la escuela; no despediré á nadie desde hoy sin que os parezca justo... ¿Quieres más?... ¡Pues más todavía!... ¡Locura completa!... Desde este momento tienes letra abierta para realizar tu sueño... para convertir la fuerza de esas aguas en luz... Ilumina esa fábrica con tu luz eléctrica y no cese ni de día ni de noche el trabajo. (Pausa. Salvador se queda con los brazos cruzados mirándole fijamente, asombrado. Por los obreros atónitos.) ¡Díselo tú, hombre, que á mí no me van á creer!

SALV. Pero... ¿de verdad quieres?...

SILV. ¿No te lo digo? ¿Es que pensabas que no era yo capaz de ser generoso y loco también alguna vez? Anda, hombre, diles que todo lo concedo, y al trabajo, ¡al trabajo!

SALV. (Adelantando hacia los obreros.) ¡Ya lo habéis oído! ¡Compañeros!... ¡El amo accede á todo! (Bajando la voz y adelantando aún más. A Pablo, Andrés, etc.) ¿Veis como no es tan malo como parece?

SILV. (A Andrea aparte.) ¿Te has convencido? ¿Estás contenta? ¡Todo por tí, Andrea! ¡Por tí todo!

VOCES ¡Viva el amo! (Se abre la puerta de la fábrica. Campana. Entran. Telón.)

MUTACION

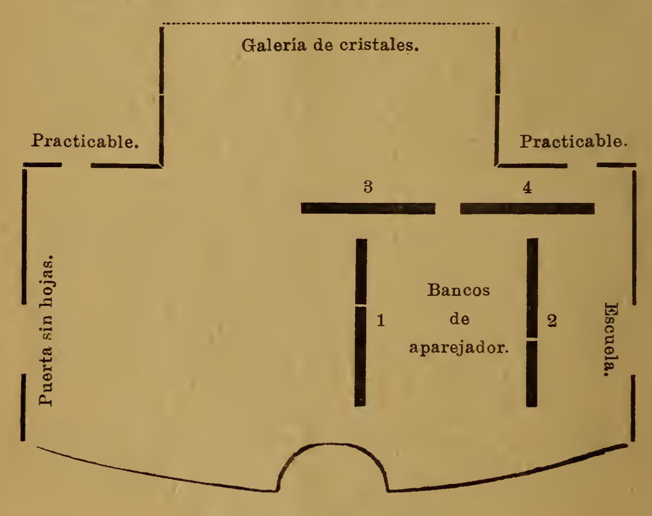
CUADRO SEGUNDO

Una gran dependencia de la fábrica. Taller que ocupa primero y segundo término, y se abre al foro con amplia galería, que debe aparecer profundísima á los ojos del público, gracias al arte del escenógrafo.

En el taller, en primer término lateral izquierda, una gran puerta practicable, cerrada, sobre la cual luce un gran rótulo en que se lee «Escuela» Otra puerta igual: pero sin hojas, á la derecha. En las paredes del fondo del taller, á derecha é izquierda de la galería del foro, es decir, en segundo término practicables otras dos, como se indica en el plano.

Cierra el foro una galería de cristales, tras de la cual se descubren á lo lejos máquinas en movimiento, correas de trasmisión por las alturas, etc., etc.

En la galería del foro debe haber varias entradas practicables.



ESCENA PRIMERA

El SEÑOR PABLO, SANTIAGO, ANDRÉS y JULIÁN. Luego SALVADOR, VICTORIA y SILVERIO

Al levantarse el telón aparecen en escena, trabajando con animado ahinco l s personajes que se indican, cada uno en un pequeño ban-

co de aparejador: en el señalado en el esquema con el número 1 el señor Pablo, que redondea con una lima el extremo de una gruesa barra de bierro encorvada y muy grande; en el número 2 Santiago, trabajando en una pieza cualquiera como los demás, con algún instrumento en las manos que dé idea de ocupación real; en el 3 Andrés y en el 4 Julián

PABLO ¡Sí vale mucho Salvador! ¡Si sabe más que tos esos señoritos engenieros de cuello estirao que vienen aquí y les estás leyendo en la cara que no se explican pa qué sirve la mitá de las cosas que ven!

ANDRÉS Pero señor Pablo. ¿Y pué ser que esté acabao todo eso pa dentro de seis días?

SANT Lo ha dicho Salvador: «El sábado se inaugurará la luz en la fábrica.» Y el sábado es dentro de seis días. ¡Conque tú verás! (Con la más profunda convicción.)

PABLO Si estaría tó arreglao hace ocho días. Lo que pasa es que llegaron del extranjero unas piezas equivocás y ha habido que ajustarlas aquí. Si no, á estas horas ya estaría la máquina en marcha y la luz eléctrica haciendo de la noche día.

SANT (Canta sin cesar de trabajar.)

¡Cariñito, cariñito,
cariñito de mi vida!
¡Si supieras lo que sufro,
de pena te morirías!

ANDRÉS ¡Mirar el ciudadano éste qué contento está!

SANT. ¡Pues no que no! Solo de pensar que ahí, pared por medio, en la escuela, tengo á mi chico y que esta mañana ha salío al taller y me ha empezao á leer de corrido...

JUL. ¡Atiza! De corrido..

SANT. ¡Sí, señor! Me ha soltao una cara de catón sin tropiezo. ¡Estoy orgulloso! A ratos, cuando la faena que hacemos aquí no es de mucho estruendo, yo oigo su vocecilla: «Dos por dos cuatro, dos por tres seis.» Sobresale de la de los otros chicos, y yo pienso... Miá tu mi Santiago: no tié todavía ocho años y ya sabe más que su padre... ¡Lo que os digo es que Salvador merece una estatua y el amo!...

ANDRÉS (Interrupción brusca.) ¡El amo un tiro!

SANT ¡Qué burro eres!

PABLO ¿Pero es que tú, todavía no estás contento?

ANDRÉS Pero ¡contra! ¿Por qué lo voy á estar? ¿Es que el amo nos ha hecho algún favor? ¡El dijo que sí á todo lo que le pedíamos, porque hizo su cuenta y resultó que le convenía.

JUL. ¡Verdad!

SANT. ¡Ah! ¿sí? De modo que tiene ahora el dinero más seguro que cuando lo guardaba en los sótanos del Banco?

(Entran Salvador y Victoria foro. El lleva una escalera de mano y un capacito con herramientas y aisladores eléctricos que va fijando en la pared para tender la línea que figura ya colocada fuera de escena y ahora se va extendiendo.)

ANDRÉS Hombre, no es eso, pero... Vamos á ver... (Dirigiéndose hacia Santiago.) Figúrate tú que el amo pone un talego de onzas en ese rincón, pero bien atao y con doscientas parejas de civiles pa que no lo pierdan de vista. Bueno, pues dentro de diez, de veinte años, en el talego tendrá las mismas onzas.

SANT ¡Muertas de risa!

ANDRÉS Ni una más, ni una menos. ¿Por qué? Porque ese talego es el capital, y el capital por sí sólo no produce ná. Pero llego yo, que soy el trabajo ..

SANT ¡Y arramblas con el capital si se han dormido los civiles!

ANDRÉS (Lo mira con indignación.) ¡No te lo digo... porque no quió... perderme!... Pero llego yo, que soy el trabajo, y á fuerza de trabajo, hago que aquel dinero produzca, se aumente, dé su beneficio... Es decir, que lo que se llama el interés que produce el capital, que es el amo, quien lo produce es el trabajo, que soy yo... Es decir, que tóo lo que gana el amo, el que lo gana de verdá soy yo; que tóo el dinero que va á parar á su bolsillo, á donde debía ir á parar, si hubiá justicia en el mundo, es al mío. ¡He dicho! (Se ríen. Entra Silverio primera derecha. Los obreros, al advertir

su presencia, deshacen rápidamente el grupo y vuelven á sus puestos, simulando que trabajan. Andrés exagera un poco su temor y su sorpresa.)

SILV. (Se queda contemplando airado á los obreros. Pausa.) Desde mañana, cada uno de vosotros, será destinado á una sección distinta. Si encontrais divertido el convertir la fábrica en casino, voy á deciros qué nombre tiene eso: eso se llama robar el jornal.

(Los cuatro hacen un violento esfuerzo por contener su cólera.)

PABLO ¡Ninguno de nosotros tiene una sola pieza de trabajo atrasada! Puede usted verlo.

SILV. ¡No importa! Sabéis que os tengo prohibido aquí hablar de política ni de nada. (A Santiago, que va á decir algo.) ¡A callar! Acordaos de que me sobra gente. Y á ti, (Por Santiago.) que no te vuelva á dar la ocurrencia de traer á mi casa periódicos como el de ayer, porque iréis á la calle los periódicos y tú.

(Suena dentro una campana. Cesan todas las máquinas poco á poco.)

PABLO (Con precipitación y como para impedir que los otros contesten al amo.) ¡Al taller de forja, muchachos!

(Al volverse Silverio, Andrés se le acerca de puntillas y le amenaza con el puño, á tiempo que el amo se vuelve; entonces Andrés simula cómicamente una cortesía. Vanse por foro derecha.)

ESCENA II

SALVADOR, VICTORIA y SILVERIO

SILV. (Parándose junto al grupo de Victoria y Salvador. A ella.) ¿Y tú qué haces aquí?

VIC. Ayudando á éste.

SILV. ¿A qué? ¿A perder el tiempo? Porque te advierto que no hace otra cosa. (Salvador sonríe con desprecio y se encoge de hombros.) ¿Qué? ¿Cuándo se va á inaugurar esa luz eléctrica? (En tono de burla.)

SALV. El sábado.

SALV. ¿Esta misma semana? ¡Eres el único para soñar disparates y creértelos... ¡Ja, ja! No será ciego el que lo vea. (Mutis foro.)

VIC. No le hagas caso. Es un necio.

SALV. (Figura haber terminado la instalación de la linea en la galería del foro; baja de la escalera y lleva á primer término derecha todos sus bártulos y los hilos que habrá unido ya.) Tienes razón. Vamos á otro.

VIC. (Siguiéndole á primer término.) ¿Y te faltan muchos?

SALV. (Revolviendo el capacito.) No sé... bastantes. (Subiendo por la escalera. Desde lo alto de ella simula que continúa haciendo la instalación de la línea.)

VIC. Bueno, pero sigue. «Por medio de todos esos aparatos y de todos esos hilos, el hombre domestica el relámpago, hace prisionero al rayo...» ¡Jesús, cuánta poesía! (Riendo.)

SALV. ¿Lo quieres en prosa? Pues también lo sé decir en prosa... Hija, la luz eléctrica, si alumbra en los casinos á los señoritos para que se jueguen el pan de sus hijos, justo es que sirva también para que los pobres se ganen el pan de los suyos.

VIC. Hombre, pero si eso es más poesía que lo de antes.

SALV. Y más verdad también.

VIC. Lo que yo no me explico es cómo has llegado á saber todas esas cosas sin salir de aquí.

SALV. Pues la razón es muy sencilla... Se llama voluntad.

VIC. ¿Voluntad?...

SALV. Claro. No creas que no me ha costado su poco de sacrificio, pero cuando las cosas se quieren de veras... ¿Tú te acuerdas de aquel señor ingeniero que vino á montar el taller de máquinas?

VIC. Sí, un viejecillo muy simpático... ¡Ya lo creo que me acuerdo! Como que vino...

SALV. La víspera del día en que te marchaste á tu colegio de Londres... Ya no volvimos á verte más que una vez durante tu viaje de bodas..

VIC. Mira, no hablemos de cosas tristes.

SALV. Pues bien. Aquel viejecito era un sabio que explicaba electricidad en una escuela de Artes y Oficios. Yo, todas las tardes, en cuanto salía de la fábrica, anda que andarás, emprendía el camino de la ciudad para asistir á su clase. El comprendió mi sacrificio y acabó por tomarme cariño. Cuando se montó la fábrica eléctrica de Río Grande, me llevó con él y allí me pasé cerca de un año, empezando ya á acariciar la idea que ahora realizo... Entonces, conocí á mi Andrea... ¡Ay, Victoria! la dicha tarda en llegar, pero no lo dudes, para los buenos llega siempre.

VIC. ¿La dicha? (¡Pobre Salvador!) (Pausa.) Oyeme... ¿Tú crees que puedo yo tener más experiencia de la vida que tú? ¿Qué te parece?

SALV. (Volviéndose desde lo alto de la escalera y después de un momento de vacilación) ¡Que sí!

VIC. (Lentamente.) Pues mira... yo creo que el hombre, desde el momento en que comete la simpleza de enamorarse de veras... ¡ha perdido su derecho á la felicidad en este mundo!... (Viendo la cara de asombro y disgusto que pone Salvador y con volubilidad y sonriente.) Sí, hombre, sí; no pongas esa cara de asustado... Yo creo que si hay en el mundo un hombre que pueda vivir sin tener ninguna fe en las mujeres, ese es el único que podrá ser feliz. ¡Te lo dice una mujer!

SALV. (Bajando de la escalera.) Perdóname, Victoria... Tú no has sabido nunca lo que es cariño verdadero.

VIC. Sí, Salvador, sí; lo he sabido, pero he sabido también que no es eterno.

SALV. (Va á contestar alguna barbaridad, pero se contiene, y transición.) Lo que no es eterno es el hilo, hija, (Señalando el cabo corto de una línea.) y como necesito más para continuar mi trabajo, con tu permiso voy por él. (Sale primera derecha.)

VIC. ¡Pobre Salvador! (Siguiéndole con la vista. Con verdadero dolor.) ¡Si no hubiera de saber nunca

su desgracia!... ¡Porque lo cierto es que será muy caritativa, pero la cura duele tanto como la herida!...

ESCENA III

VICTORIA, ANDREA, que ha estado al paño foro. Luego la SEÑORA MARÍA

VIC. (Viendo á Andrea al volverse.) Mira, ahora mismo se va Salvador.

AND. Sí, ya lo sé; como siempre... cuando busco á mi marido te encuentro á ti.

VIC. (Con extrañeza. Poniéndose en guardia.) ¿Eh? ¿Qué quieres decir?

Música

AND. Con risa maliciosa
allá por donde voy
me dicen... «¡Allí van
Victoria y Salvador!»
Buscando lo que es mío
también á veces voy,
¡y es cierto que allí están
Victoria y Salvador!

VIC. ¡Celosa Andrea! (Riendo.)
¡Celosa tú de mí!

AND. ¡Qué quieres!... No me fío
(Con cierto descaro ofensivo.)
tratándose de ti.

VIC. (Con mucho retintín.)
¡Sabiendo cuánto le quieres,
tranquila puedes estar!
¡Yo sé que por él te mueres!
¡No te lo voy á quitar!

AND. ¡Burlarte tú!
(Picada, arrogante, despreciativa.)
¡Burlarte tú... de mí!

VIC. ¡Qué quieres!... Yo me río
cuando se me habla así.
(Despreciativamente.)

AND. Victoria.. te hablaré,
pues, de un modo (Indignada.)
que no te haga reir.
¡Que sufras el castigo de todo
cuanto has hecho sufrir!
¡Tu historia, ni tu orgullo ni el tiempo
lo han podido borrar;
tu historia que tan solo en voz baja
es posible contar!
¡Sabemos que existen felices mujeres,
(Echando fuera su odio.)
que pasan su vida burlando al amor!
¡Que siembran y gozan doquiera placeres
dejando á su paso por fruto el dolor!
Tan caritativas que todo lo entregan...
y á todos divierten con su caridad,
tan caritativas que nunca se niegan
á hacer de los hombres la felicidad.

VIC. (Trágica. Recitado.)
¿Qué has dicho? ¡Tú si que eres mala! ¡Mayor crimen que jugar y reir con todos los hombres, es hacer la desgracia de uno solo!
(Cesa el recitado.)
¡Yo soy libre como el pájaro!
¡Yo soy libre como el viento!
¡Sufro ó río, canto ó lloro,
vivo y amo donde quiero!
¡Esta vida, es mi vida!
¡Este cuerpo, es mi cuerpo!
De mi amor, sólo mío,
á nadie cuentas debo!
¡Yo río para todos!
¡Sólo para mí peno!
¡Soy como esas aves que pasan cantando
y no dejan tras sí ni un recuerdo!
¡Andrea! La que amor ha jurado
y traiciona ese amor,
y engaña á quien honra y orgullo
con su amor le entregó;
la infame que es la vida de un hombre
y desgarra su honor...
y mancha y deshonra su nombre,
no merece perdón.

AND. ¡Perdón!...

Hablado

AND. (Asustada, palpitando.) ¡Victoria, Victoria!... ¿Qué dices? ¡Dios mío de mi vida!

VIC. (Arrogante, con voz reconcentrada.) ¡Calla y ruégale á Dios que no lo sepa nadie más que yo... porque yo le quiero demasiado para matarle! (Victoria va por salir á izquierda cuando se encuentra con la señora María que se dirige á sus brazos llorando.)

VIC. ¡María!... ¿Usted aquí? ¿Y ha oído usté?

SRA. MAR. ¡Todo! ¡Pobre hijo mío! (Victoria se la lleva primera izquierda cariñosamente enlazada. Aparece Salvador, foro. Andrea, que ha procurado serenarse y borrade su semblante las huellas de las impresiones sufrir das, lo acoge risueña.)

ESCENA IV

ANDREA y SALVADOR

SALV. (Al verla.) ¡Chiquilla! ¡Qué alegría es la de verte cuando no se espera! .. (Contentísimo.)

AND. ¿Sí? (Procurando á fuerza de volubilidad disimular su agitación.) Pues mira, venía á darte un disgusto, porque quería... que nos fuéramos á la ciudad... Pero no, ya lo he pensado mejor. No me acordaba de que tenías tanto trabajo.

SALV. No importa. Si quieres iremos.

AND. No. Si era para comprar unas bagatelas, pero le haré el encargo á Isabel y mañana me las traerá.

SALV. ¿Y qué vas á comprar?... ¿Es un secreto?

AND. ¡Vaya!... Muy grande. Mira Como se acerca para nosotros el gran día, el día de la inauguración de la luz en la fábrica y se preparan para ese momento tantas fiesta s... ¡Pero no, no te lo quiero decir! Sólo te dir é que ya me verás esta noche. ¡Voy á par ecer una reina!... ¡Ay, pero si no tengo más remedio

que confiártelo!.. ¿Verdad que no te sabrá mal que yo estrene un vestido para ese día?

SALV. ¡Calla, por Dios, Andrea!... ¡Si la fiesta es por tí! ¡Si todo es por tí! ¿Tú puedes creer que sea mi orgullo sólo lo que me dió alientos para esta obra? No, Andrea, no. Toda la gloria, toda la dicha que yo gozaré cuando el sábado, al sonar las nueve de la noche, haga girar el conmutador y la luz eléctrica lo inunde todo con su claridad, y veas el valle poblado de lucecitas, y las músicas suenen, y retruenen los vivas, se compendia en estas palabras que yo me diré... que tengo aprendidas para decírmelas entonces en voz baja... «¡Ya hay luz en la fábrica! Mi Andrea, el amor de mi Andrea la creó, porque ella es mi vida, el único premio que ambiciono y espero en este mundo!»

AND. ¡Salvador! (Enternecida.)

SALV. ¿Pero te has conmovido, tonta? ¡No seas niña, mujer; si desde hoy todo ha de ser alegría en nuestra vida! (Llevándose á Andrea hacia primera derecha. Salen.) Todo alegría, trabajo, felicidad...

ESCENA V

PABLO, ANDRÉS, JULIÁN, OBREROS 1.° y 2.°

Salen foro derecha riéndose todos del señor Pablo como si acabara de decir algún disparate

Música

PABLO ¡Pero qué estúpidos sois!
¡Yo no sé por qué os reís!

TODOS (Menos Pablo.)
¡Porque dice usté unas cosas
que hacen reir!

PABLO Os repito que no hay rico
que se escape de esa pena.
¡Que trabaja todo el mundo
cada cual á su manera! (Ríen todos.)

ANDRÉS (Con cómica seriedad.)
¡Es verdad!... No os riais.
¡El señor Pablo tiene razón!
Escuchad, y veréis
cómo yo soy de su opinión.
(Le rodean todos con curiosidad.)
Se ha casado esta mañana
Nicanora con Julián.
Ella fué siempre holgazana
y él fué siempre un haragán.
Todo el mundo se pregunta
cómo diablos comerán;
más los novios aseguran
que desde esta noche... trabajarán.

TODOS ¡Qué trabajo, trabajo
más atroz!
(Exagerando las actitudes de asombro.)
¡Qué trabajo, qué trabajo,
qué trabajo más feroz!

ANDRÉS Un trabajo hay en el mundo
que me admira sin cesar:
la constancia conque suelen
los políticos mudar.
Hoy es neo Canalejas,
fué ayer Maura liberal...
y Lerroux y Pablo Iglesias
sabe Dios mañana... lo que serán.

TODOS ¡Qué trabajo, etc.

Hablado

PABLO Bueno, bueno, Andrés... Lo que yo te digo es que el trabajo es santo y es honrao...

ANDRÉS Sí, ¿eh? Pues lo que yo le digo á usté es que no hay tal cosa. Y si no, vamos á ver. ¿Quiénes son los más prácticos del mundo? Los curas y los frailes, ¿no es verdá? Pues bueno, esos... ¡ya vé usté... no trabajan!

OB 1.º Hombre, dicen misa.

ANDRÉS ¡Sí; ese es el único trabajo que hacen, pero á eso le llaman *sacrificio!*

PABLO Eres atroz, Andrés. No respetas nada ni á nadie.

JUL. ¿Pero qué va á respetar si cada día estamos

peor? ¡No he visto suerte más perra que la nuestra!

OB 2.º ¡La verdad es que cuando la suerte se empeña!

ANDRÉS ¿Qué suerte ni qué narices?... ¡Dios!

PABLO Hombre, no seas bárbaro. ¿Dios?

ANDRÉS Sí, señor Pablo. ¿No sabe usté lo que decía el pobre don Tadeo, aquel maestro de escuela que después de enseñarnos á leer se murió de hambre? Pues el pobrecillo, cuando se quejaba de su mala estrella, solía decir: «¡No tié remedio! ¡Dios está ya cansao de aliviar tanta pena, de atender tanta súplica y de oir tantísima barbaridad como le piden los descontentadizos de aquí abajo! Solo que al cansarse, como es tan bueno el Señor, quiso arreglarlo too de una vez, y pa no oir más animalás, resolvió no escuchar nunca instancias ni ruegos, y contestar á toos lo mismo: ¡Más!» ¡Ya véis, con *más* nadie tié queja!

PABLO Claro.

JUL. ¡Ya lo creo!

ANDRÉS Pues ahí veréis. Desde entonces va San Pedro, que es el encargao de las peticiones, se las lee, le explica luego, pa evitar embustes, la verdadera situación de cá uno, y el Señor, sin oirle, dice siempre: «¡Más! ¡Más!...» Y le toca á un rico y dice San Pedro: «Pide por pedir. Es feliz... Es millonario... Estafó al principio, robó luego, se enriqueció con la miseria de los pobres, lloraron muchos pa que riera él... Hace un año se casó con mujer rica, hace medio le cayó la lotería, hace un mes heredó... ¡Y aun no está contento, Señor! ¡Aun pide más, Señor!...» Y el Señor, que no le oye, dice: «¡Mas! ¡Más!...» Y le toca á un pobre y dice el Santo: «¡Amparad á este, que no puede aguantar más tiempo, Señor! ¡Es un desdichao! Por bueno es pobre, por pobre es despreciao, por despreciao llora... Era rico y se quedó en la calle; quiso y fué engañao, alargó á toos la mano y hoy nadie se la dá... Anteayer perdió su fortuna,

ayer sus amigos, hoy la esperanza... ¡Señor, yo intercedo por él! ¿Queréis que aún sufra más, que se desespere más?...» Y el Señor, que no le oye, dice: «¡Más! ¡Más! ..» Y ahí tenéis por qué Silverio tiene cada día más dinero y su hermana Victoria más frescura, y éste (Por Julián.) más suerte pa jugar al mús.

JUL. ¡Y tú más afición á la bebía!

ANDRÉS ¡Verdá! ¡Y por muchos años que pueda ser! (Recoge su blusa de entre bastidores y poniéndosela.)

ESCENA VI

LOS MISMOS. SANTIAGO y OBRERO 3.°, por foro

ANDRÉS (Viéndoles entrar.) Hola, Santiaguillo... Os esperábamos pa irnos...

SANT. Voy en seguida. (Recogiendo su blusa así como los obreros.)

PABLO Yo creo que debíamos esperar hasta que toque la campana y salgan los chicos.

ANDRÉS Sí, sí. Así acabará usté de leernos lo que leía á la hora del almuerzo.

SANT. Es verdá. Tómelo usté. (Sacando un periódico del bolsillo de la blusa y entregándoselo á Pablo.)

PABLO Bueno... Como querais. ¿Dónde nos hemos quedao?... Ah, sí. Ya lo tengo. (Leyendo.) «Los obreros de hoy viven peor que los esclavos de ayer. Un industrial moderno se cegaría á tener esclavos, no por humanidad, no, sino porque los trabajadores libres son más baratos.» (Lee con dificultad. Entra Julián y oye atentamente.)

ANDRÉS Los trabajadores libres somos nosotros, ¿sabes? (A Santiago.) ¡Esos baratos!

PABLO «A un esclavo hay que mantenerle toda su vida, cuidarle si enferma y para que no enferme, no exigirle trabajo ex... exce... excesivo.

ANDRÉS También lee de corrido.

PABLO Al obrero libre se le utiliza en los años de vigor, se le paga mientras se le ocupa y

cuando el trabajo le deja inservible, se le despide.»

ANDRÉS ¡Qué razón tiene!... Y diga usté, diga usté... ¿quién dice eso?

PABLO (Buscando la firma.) Pedro Kropo... Koropo... Kroropor...

ANDRÉS (Cogiéndole el periódico y buscando la firma.) Deme usté, hombre, deme usté... ¡Qué torpe!... «Pedro Krop... Kropo...» Bueno, pues este hombre, á pesar de que ni su señora madre pué saber cómo se llama, es un tío. Esa es nuestra vida y esa ha de ser siempre. Porque no hay que darle vueltas, eso no se arregla ni con una huelga ni con cien mil.

ESCENA VII

LOS MISMOS. SALVADOR entra primera derecha, poniéndose á trabajar en seguida

SANT. (Siguiendo el diálogo sin que los del grupo se fijen en Salvador.) La verdad es que los unos tanto y los otros... Tú contando los pedazos de pan que se han de comer tus hijos, mientras ves que otros derrochan malamente lo que no han ganao.. lo que no saben ganar.

ANDRÉS (Obsesionado ya fuera de sí.) Y luego se quejarán de que llegue un día en que un hombre se harte y haga una barbaridad, cuando ese hombre...

SALV. (Que habrá adelantado, interrumpiéndole fríamente y sin declamar. Poniéndole una mano en el hombro.) Ese hombre, Andrés, no consigue más que una cosa: que haya en el mundo un criminal más. ¡No; la violencia no sirve... para lo que hace falta y lo que hace falta es volar con la dinamita de la verdad todas las mentiras, todas las injurias que ha inventado el egoísmo de los hombres! ¡Y esa dinamita, Andrés, donde se fabrica es ahí dentro .. en la escuela! Todas esas criaturas que ahora están aprendiendo á leer, luego aprenderán las ideas que hoy todavía se discuten y

asustan como cosas seguras ya. ¿Quién te dice que no ha de llegar un día en que impongan al mundo la justicia, como ley de la vida, esas criaturas que son los hombres de mañana?

ANDRÉS Sí, pero mientras no llegue ese día, nosotros á seguir sufriendo, á seguir aguantando... ¡á sacrificarnos! ¡Y digo yo!... ¿Por qué? ¿Para quién? (Se interrumpe al oir una campana.)

PABLO Ya van á salir.

ESCENA VIII

LOS MISMOS y OBRERO 1.° y 2.° Varios obreros. Los NIÑOS de la escuela. Se abren de par en par las puertas de la escuela, primera izquierda, y salen en tropel diez ó doce chicos, todos con sus blusitas y sus carteras ó porta-libros colgados al hombro. Dos de ellos se abalanzan á los brazos de Santiago y Julián. El cuadro debe ofrecer la natural animación. Algarabía de los muchachos que escapan corriendo y gritando por primera derecha.

NIÑO 1.° (Un pequeño encaramándose á los brazos de Julián y con media lengua.) Padre, padre. ¡Yo soy el primero de la clase!

NIÑO 2.° (Mayor.) ¡Padre! ¡Me he sabido la tabla!

SANT. / JUL. } ¡Hijo mío!

SALV. (A Andrés señalando el cuadro con ternura y convicción.) ¿Y decías tú que para qué sacrificarnos, que por quién? ¿Te parece poco? ¡Por estos! ¡Para estos! (Los padres siguen acariciando con efusión á sus hijos. Esta escena debe ser instantánea.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Cuarto de aparatos de Salvador. Rotonda pequeña hasta segundo término. A todo foro, galería de cristales abierta de par en par, dejando ver la obscuridad del espacio. Puertas pequeñas practicables á derecha é izquierda en primer término. A la derecha, otra en segundo, y frente á ésta, á la izquierda adosada á la pared, una mesa pequeña, sencilla, sobre la cual, en el muro aparece el cuadro de aparatos eléctricos, conmutadores, etc. Pende del techo una lamparilla eléctrica con sencilla lámpara de latón, que proyecta su luz sobre la mesa. Junto á ésta un gran sillón de despacho. Contados y modestos muebles. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

ANDREA; luego ISABEL

AND. (Vestida para la fiesta: traje de seda impropio de la mujer de un obrero, aparece asomada á la galería del foro hecha «un brazo de mar» pero agitada, nerviosa, impacientísima. Luego desciende hasta primero izquierda.) ¡Isabel!... ¡Pero, Isabel!...

ISABEL (Sale primera izquierda de mal talante.) ¿Qué quieres, hija, que quieres?

AND. Mira, ya no espero más. Dile á Salvador que iban á dar las nueve y que no le podía aguardar más tiempo.

ISABEL Oye, oye. ¡Es que yo también quiero ver la fiesta!

AND. ¡Como que haces allí una falta!

ISABEL No haré ninguna, pero quiero ir. ¡Pues hija, ni que fuéramos negros!

AND. Pero mujer, si no ha de empezar hasta que Salvador esté aquí. En cuanto él llegue ya te puedes largar. (Con paso vivo se dirige primera derecha. Al propio tiempo llega por la misma Natividad.)

ESCENA II

ANDREA y NATIVIDAD

NAT. ¡Andrea!

AND. ¡Hola chica; no me detengas que llevo mucha prisa!

NAT. Pues yo tengo precisión de hablar contigo.

AND. ¿Mujer, y no lo podrías dejar para otro rato? (Isabel al foro.)

NAT. (Interrumpiéndola con dureza y como cargada de razón.) Mira, Andrea, desde que vives en la fábrica siempre tienes prisa. Nunca te puedo ver. ¡Cómo se conoce que ya no me necesitas! Pero yo quiero, yo necesito, ¿lo entiendes? que me devuelva el amo mi cantina. Con esa faena que me habéis dado, no puedo vivir... y... ó le hablas esta noche y lo consigues... ¡ó hablaré yo!

AND. Puedes hacer lo que te dé la gana.

NAT. ¿Le hablarás esta noche?

AND. ¿Pero es que tú crees que yo mando en él?

NAT. Yo creo lo que estoy viendo.

AND. (Separándola con brusco arranque y saliendo primera derecha.) ¡Pues yo hago lo que debo y na más! (Salió.)

ESCENA III

ISABEL y NATIVIDAD

Música (1)

ISABEL ¿Pero que es?... ¿Qué ha pasao? (Natividad solloza de rabia, mordiendo el pañuelo.)

NAT. ¡La muy... perra, desagradecia!.. Haz favores á gente así... ¡Comprométete pa que te paguen á coces! ¡Bien merecío lo tengo!

---

(1) El Director de Orquesta deberá atenerse á esta indicación, pues la ENTRADA está equivocada en la parte de APUNTAR.

ISABEL ¡Pero mujer, si eso había de llegar! ¡Ella ya ha conseguido lo que se proponía! ¡Es ya el ama! ¡Ya no te necesita! Y sabe muy bien que á ti te trae más cuenta callar, porque si no callas te lo quitarán todo. (Se han ido acercando al foro y miran á la gente que figura que debe divisarse abajo.)

NAT. Mira por donde va. Ahí la tienes, tan tranquila.

ESCENA IV

LOS MISMOS, VICTORIA, SALVADOR, entran primera derecha

VIC. ¡Llegó el momento, Salvador! ¿Qué alegría, eh? ¡Las nueve! (Suenan rápidamente las nueve en el reloj. Salvador que ha entrado antes que Victoria atiende á las del foro.)

NAT. (Continuando sin interrupción.) ¡Y será capaz! ¡Vaya si lo es!... ¡Vamos, el colmo del escándalo!... ¡Andrea y el amo presidiendo la fiesta!

SALV. (Volviéndose á Victoria en voz baja y violentamente.) ¡Calla!

NAT. (Continuando.) ¡Ya no les importa que los vean juntos! ¿Para qué? ¡Como si todo el mundo no supiera que los triunfos de Salvador se deben á las *bondades* de su mujer!

SALV. ¿Qué?... (Es un rugido. Da un salto hacia ella.)

VIC. (Con pánico. Un grito.) ¡Salvador!

(Isabel y Natividad huyen dirigiéndose á primera izquierda. Isabel logra escapar.)

SALV. (Que coge á Natividad por el cuello, junto al sillón.) ¿Qué has dicho? ¿Qué has dicho?

NAT. ¡Ay, que me ahogas!

SALV. (Soltándola un poco.) ¿Qué has dicho?

NAT. ¡La verdad! ¡Lo que todo el mundo dice!... ¡Lo que todo el mundo sabe!

SALV. (Dejándola y desplomándose en el sillón.) ¡Madre mía! (Pausa cortísima. Natividad escapa en seguida izquierda.)

VIC. ¡Valor! (Rumores fuera, de la gente que se impacienta.)

ESCENA V

LOS MISMOS, el SEÑOR PABLO, ANDRÉS y SANTIAGO. A poco JULIÁN. Luego SILVERIO. Enseguida SEÑORA MARIA

PABLO (Desde la puerta.) ¡Pero hombre, que han dado las nueve y la gente se cansa!

ANDRÉS ¡La hora tan esperada, Salvador! ¡Ha llegado la tuya! Qué alegría, ¿eh? pero, ¡contra! ¿Qué pasa aquí? ¿Que tienes?

SALV. (Se levanta tambaleándose.) No... nada. Dices bien, la hora de mi triunfo. ¡Del sueño de mi vida realizado! (Es inútil la acotación: el actor debe pronunciar esa frase con acento de sarcasmo desgarrador. Dirige su mano al cuadro de aparatos. Hace girar una palanca y al punto, él fondo hasta entonces oscuro de la escena, se ilumina. Brillan millares de lucecitas, que se suponen repartidas por el valle, formando espléndidas combinaciones de colores. Se ven ascender algunos cohetes, se oyen á la vez muchas campanas lejos y cerca, y la multitud, muy alejada prorrumpe en VIVAS á SALVADOR y en vocerio estruendoso y alegre, pero que debe llegar al espectador, produciéndole la impresión de la distancia.)

SALV. ¡Ya hay luz en la fábrica! (Claro que pronuncia la frase al momento de accionar el conmutador con profunda y desalentada tristeza, dejándose caer de nuevo en el sillón presa de violentos sollozos.)

ANDRÉS (A Victoria.) ¿Es... que lo sabe?...

VIC. (Casi más con el gesto que con la voz.) ¡Sí!...

JUL. (Por la primera derecha.) ¿Pero es que no baja Salvador? ¡Todos lo quieren abrazar!

ANDRÉS ¡Calla!

JUL. Pues el amo sube por él. (En voz baja.)

VIC. ¡No, por Dios! (Vase rápida derecha.)

SILV. (Entra segunda derecha.) ¡Sí que te das importancia, hombre! ¿Nos vas á tener de plantón toda la noche? (Salvador se incorpora violentamente al oir la voz de Silverio, como si despertara. Lo mira con asombro y se levanta vacilando.)

SALV. ¡Tú!... ¿Tú aquí?... Pero, ¿no sabes, ladrón de honras, que «ya se ha hecho la luz?»

SILV. (Sorprendido.) (¿Qué dice?) Pero, ¿estás loco, Salvador?

SALV. ¡Sí, de angustia, de vergüenza! (Arrastrándole hasta la galería.) ¿No lo estás viendo? ¡Mira! ¡Sí, ya se ha hecho la luz! ¡Sí, ya hay luz en la fábrica! (Con supremo esfuerzo le levanta y lo deja caer en el vacío. Grito de horror del Coro fuera de escena. Victoria, anonadada, queda sollozando junto al ventanal. Vuelve Salvador hacia sus compañeros inmóviles y asombrados. Llega vacilante, medio enloquecido por su delito.) Nunca me hubieran hecho justicia contra él... ¡Era un rico!... Ahora ya, que nadie podrá burlarse de mi deshonra... dejad que me entregue á la ley... ¡Con la frente levantada, voy por mi pena! (Da unos pasos.)

ANDRÉS No, Salvador. A los criminales como tú, el pueblo entero los acompaña á la cárcel en triunfo, y la justicia del pueblo los absuelve.

SRA. MAR. (Por segunda derecha.) ¡Salvador!... ¡Hijo de mi alma!

SALV. (Arrojándose en sus brazos.) ¡Madre!... ¡Madre mía!... ¡Solo me quedas tú!

TELON

NOTA IMPORTANTE

Era el ánimo de los autores de esta obra no hacer comentario, aclaración, ni manifestación de ninguna especie acerca del asunto que ha hecho de todos conocido el título *Luz en la fábrica*. Testimonio de esta nuestra intención pueden darlo millares de personas, pero basta el que daría D. Regino Velasco, á cuyas manos fueron nuestras cuartillas, antes del «suceso de Novedades», YA sin la frase que originó la protesta.

Pero cuando ya están en máquina los moldes, llega á nuestra noticia, por boca de los Sres. Comisionados de la Facultad de Medicina los absurdos que se han propalado acerca de esas palabras que poníamos en labios del obrero Santiago, y para evitar interpretaciones torcidas ó erróneas, nos vemos precisados á hacer las siguientes manifestaciones:

Primera. Que lo que se dijo en escena *la noche del estreno* de esta obra en Novedades, fué lo siguiente:

JULIÁN La verdad es que los unos tanto y los otros... Tú contando los pedazos de pan que se han de comer tus hijos, mientras otros derrochan lo que no han ganao, lo que no saben ganar.

PABLO ¡Y así hasta que te mueras!
SANTIAGO Así hasta después de muerto.

PABLO — Santiago, no seas atroz. La muerte todo lo iguala.

SANTIAGO — Ni la muerte. Y si no, ¿me quiere usté decir qué hacen esos muchachos que estudian pa médicos en los hospitales más que destrozar los cadáveres de los pobres pa aprender á curar á los ricos?

PABLO — Hombre, no seas bárbaro... ¡Y á los pobres también!

Segunda, Que lo que queda señalado entre líneas fué tachado aquel mismo dia, sin necesidad de requerimiento de nadie.

Tercera. Que el trozo de diálogo referido no volvió á ser pronunciado por los actores en las subsiguientes representaciones hasta la noche del día 23, en que se verificaba la *sexta* representación de la obra y en que se exteriorizó la protesta contra la frase; y

Cuarta. Que los autores, al escribir esa frase, no imaginaron ofender ni molestar á nadie, pues lo único que entonces tenían presente era la mayor ó menor adecuidad de ella con el tipo que intentaban retratar y llevar á escena.

LOS AUTORES.

Precio: UNA peseta